

previsor, lo que viene á percibir por término medio no pasa de unos 800 francos. Pero por poco que se haya divertido, que es lo que hacen por lo general todos los hombres aventureros y resueltos, apenas me atrevo á decir á qué cifra se reduce lo que tiene derecho á reclamar, y si es preciso, confesaré que hay individuo que en seis meses de navegacion no coge mas allá de 500 á 600 francos.

Así pues, aun en las mejores condiciones posibles, el oficio de pescador de los bancos es, como oficio, bastante malo. Y sin embargo los que lo han probado una vez vuelven á él casi siempre, y no lo dejan mientras les quedan fuerzas para desempeñarlo, y sus hijos siguen sus huellas, y generaciones sucesivas se arrojan á las mismas aventuras.

Francia ha sido siempre la nacion que proporcionalmente ha dado un contingente mayor á este género de navegacion.

Los ingleses, que rivalizan con los franceses, y que les superan bajo el punto de vista del número, no se hallan en tan malas condiciones (1). Sus buques de los bancos proceden de Terranova, que está muy cerca, y á donde van sin cesar á desembarcar sus cargamentos. No tienen que sufrir realmente peligros, ni fatigas, ni trabajos comparables á los de los franceses, y ellos mismos no se atreven á comparar sus tripulaciones con las francesas, cuya inmensa superioridad confiesan.

Los americanos que se presentan son pocos, y no tratan de rivalizar con nadie.

Fuerza es sin embargo confesar que ya los franceses no son tantos en número (2).

(1) Las esportaciones inglesas, en productos de pesca, representan la suma de unas 133,749 libras esterlinas, entrando en ella el bacalao por solo 894,966 libras esterlinas.

(2) Hé aqui las últimas disposiciones legislativas y administrativas concernientes á la pesca del bacalao en Terranova.

Ley relativa á las grandes pesquerías marítimas promulgadas el 28 de julio de 1860.

Art. 1.º La ley del 22 de julio de 1851, relativa á las grandes pesquerías marítimas, continuará ejecutándose hasta el 30 de junio de 1871 con las modificaciones siguientes:

Las disposiciones del párrafo 1.º del artículo 2 de dicha ley, relativas al minimum de tripulantes que deben recibir los buques despachados para la pesca del bacalao, se aplicarán á las goletas armadas en San Pedro y Miquelon para la pesca, ya sea en el golfo de San Lorenzo, ya en las costas de Terranova.

Dichas goletas no podrán recibir á bordo ningun hombre que forme parte de la tripulacion de un buque pescador despachado en Francia.

La prima de armamento mencionada en el artículo 3 de la misma ley no se otorgará sino á los tripulantes inscritos definitivamente en las matriculas de la inscripcion marítima, y á los que, no hallándose positivamente inscritos, no hayan llegado en la época de la marcha á la edad de veinte y dos años.

Art. 2.º Reduce de 7 á 3 francos por cada 110 quilógramos de

III.

Una calle de San Pedro.—El marinero y el mercader.

Una calle de San Pedro, cuando se hallan en la rada muchos buques de los bancos, no deja de presentar un cuadro lleno de movimiento y digno de interés. Aquellas caras morenas y graves hasta en su alegría, que se asoman á todas las ventanas, aquellos grupos de hombres rechonchos y vigorosos que llenan las plazas, recorriéndolas con ese paso propio de los marineros que siempre parece que están sorteando los balances, y cuya pesada manera de andar se asemeja no poco á la del oso polar; el pelo rojo de los marineros ingleses que venden el cebo, sus ojos azules y saltos que tan singularmente contrastan con el semblante ceñudo de los normandos y sobre todo de los vascos, y en medio de los poco cultos ademanes de todos aquellos hombres de accion, la fisonomía algo picaresca de nueve mercaderes por cada diez individuos, todo eso, repito, es un espectáculo que vale la pena de verse.

El traficante de aquellos paises, que no ha abierto su tienda sino para habérselas con el marinero, ha tenido naturalmente que escoger á este cliente para primer objeto de su estudio. No era difícil penetrar con prontitud y completamente en una naturaleza tan poco complexa y adivinar que cuando en aquellos bolsillos rotos se encuentra algun dinero, el dinero sale desde el momento que se puede inspirar el que lo tiene un capricho cualquiera. Como nada era mas fácil, resulta que el marinero, con su imprevision, su falta de desconfianza y su no pensar en mañana, ha corrompido al especulador, el cual, nacido sin duda con los mas honrados instintos, se ha convertido generalmente en un ser que de todo tiene menos de concienzudo.

Con los pescadores de los bancos hay muy poco que pelar, porque apenas tienen dónde caerse muertos, pero los ingleses vendedores de cebo se hallan en una posicion muy diferente. Son ordinariamente habitantes de la costa meridional de la Gran-Tierra, gentes acomodadas, que pescan por su propia cuenta,

derecho impuesto por la ley del 29 de 1843 á la importacion, á las Antillas, el bacalao de pesca extranjera (*).

Extracto del Decreto del 24 de octubre de 1860.

«Los armadores de San Pedro y Miquelon quedan obligados á comprender en la tripulacion de las goletas armadas en estas islas para la pesca, sea en los bancos, sea en el golfo de San Lorenzo, sea en la costa de Terranova, cincuenta hombres al menos si el buque mide ciento cincuenta y ocho toneladas ó mas, treinta hombres al menos si mide de ciento á ciento cincuenta y ocho toneladas, y un hombre por cada cuatro toneladas si el buque mide cien toneladas.»

(*) Esta medida se ha tomado en interés del abastecimiento de las colonias.

IV.

La isla de Miquelon.— Nueva Escocia.— El Cabo-Breton.— Sidney-Villa.— Sydney-Minas.

Habiendo despachado los pocos negocios que teníamos entre manos, *el Gassendi* levó anclas y partió para Sydney. Franqueamos de nuevo la entrada de la rada, y con no poco placer perdimos de vista el cabo del Aguila y su frente tan calva como la de un buitre. Percibimos un extremo de Miquelon, y esto bastó para satisfacer nuestra vista. Si bien en el mapa aquella isla presenta un desarrollo mas considerable que San Pedro, en realidad no es mas que una bicoca. Se halla solamente habitada por unas cuantas familias de pescadores. Tiene tan pocos árboles como San Pedro, aunque algunas mas yerbas, y hasta una especie de quinta. En la topografía local se divide en dos reunidas por una lengua de arena. La una se llama mayor y la otra menor. Cuando San Pedro llegue á ser una ciudad, Miquelon será tal vez un jardin. Mientras tanto no hay nada de eso.

Gracias al sol resplandeciente que nos cubria con su luz y nos proporcionaba un poquito de calor pasamos el dia encima de la cubierta gozando de un bienestar á que no estábamos acostumbrados, y por la mañana columbramos la costa del Cabo-Breton que corria á la izquierda paralelamente á nosotros.

El Cabo-Breton es una espaciosa playa en forma de anfiteatro que se eleva por medio de ondulaciones prolongadas hasta medianas alturas. Al extremo del horizonte se presentan como grandes líneas armoniosas que enlazan las montañas con las colinas y se destacan noblemente hácia el cielo. Nótanse bosques de árboles muy diferentes, preponderando sin embargo las coníferas, y llanuras de un hermoso verde, en medio de las cuales aparecen algunas veces los tejados de una granja.

Pero las granjas son allí raras, y en cuanto á aldeas, no recuerdo haber descubierto una siquiera.

Seguimos nuestro derrotero contemplando aquellas hermosas playas, cuando se nos presentó el mar como la embocadura de un gran rio, rodeada de orillas, penetrando con sus brazos de magestuosa anchura en un horizonte de verdura y de selvas hundiéndose en revueltas y giros bajo las profundidades de los árboles.

Entramos en el vasto golfo, y ya distinguíamos perfectamente los pantanos de Sydney-Minas, cuando encontramos *el Tenare*, aviso de vapor como nosotros y perteneciente á la division, que se alejaba de la costa é iba á internarse entre los suyos para llegar á Sydney-Villa. M. G..., capitán de fragata que mandaba *el Tenare*, pasó á bordo de *el Gassendi*, y me invitó á dejar mi buque y á trasladarme al suyo para

y cuando han entregado sus capelanes á los buques, quedan con el riñon bien cubierto. La cuestion que tienen que resolver los mercaderes se reduce á pescar este dinero, lo que constituye un género de pesca que requiere alguna habilidad, aunque no tanta como la del bacalao.

Algunas casas respetables, como dicen los prospectos, han establecido la costumbre de colocar á la puerta de sus almacenes un barril de aguardiente y un vaso, y todo marinero que entra, queda convidado á hacer uso á discrecion y gratuitamente de una hospitalidad tan magnífica.

Tanta galantería conmueve al buen hombre, el cual se creeria deshonorado á sus propios ojos si se hiciese sospechoso de tacañería. Es como Orosman y no quiere dejarse vencer en generosidad. Abisma sus manos en la profundidad de sus bolsillos y paga inmediatamente un barril de harina. Contento de sí mismo, se echa un segundo vaso de aguardiente (los vasos no son copas), lo traga, y limpiándose con la manga sus abultados labios, recorre la tienda con una mirada satisfecha.

Empieza á contar sus cosas, y mientras dice cuánto dinero tiene, lo que espera ganar aun, lo que se promete de los sucesos é incidentes de la pesca y demás, oye que su huésped le pregunta, con una amistad patética, si tiene necesidad de tablas.

Una hora antes no se le habia ocurrido la menor idea de que necesitase tablas. Pero en aquel momento siente con toda la fuerza de su conviccion que no puede pasarse sin ellas. «¿Quereis, pregunta el comerciante, todas las tablas que tengo aquí?» El marinero opina juiciosamente que un hombre como él debe tomar todas las tablas que pueda y que nunca tendrá demasiadas. Paga, y se echa al cuerpo otro vaso de aguardiente.

El redomado mercader que le tiene fascinado, dirige sus deseos en armonía con el conocimiento que no tarda en adquirir de la suma que contienen sus bolsillos. Le pesca todo lo que puede, y con frecuencia se lo puede pescar todo. Despues de la harina y de las tablas, le ceba con queso, clavos, manteca, chulecos, corbatas, barriles vacíos, quincalla y con todo lo que puede. Los objetos no están tarifados de una manera muy exacta. ¿Qué importa, si el interlocutor es tan amable y es tan bueno su aguardiente? No es cosa de regatear un ochavo.

Cuando ya nada le queda, el marinero aprieta afectuosamente la mano de su amigo y se vuelve á bordo cantando. Hasta el dia siguiente no echa de ver las bellas adquisiciones que ha hecho, y si es casado, empieza á rascarse la oreja, pensando con inquietud lo que le dirá la mujer á su regreso.

llegar mas pronto á Sydney-Villa. Este paseo me dió tentaciones, y á los pocos instantes me hallaba en la lancha de *el Tenare*.

Con esta nueva relacion contraida me dirigí á Sydney-Villa. En la orilla derecha se levantaban preciosas casas de campo de alegre y risueño aspecto, rodeadas de setos y vallados, y semejantes á los ambulantes teatros de ópera cómica, á la márgen de una carretera estrecha como las que se ven en las riberas del Rhin que parecen calles de jardines suntuosos. A la izquierda, una serie de casas sombreadas por árboles conducia á la ciudad propiamente dicha, hecha toda de tablas, tan limpia y graciosa como sórdido es San Pedro, con calles tiradas á cordel tan anchas como plazas públicas. Se levantaban en medio algunas iglesias, hallándose todo combinado y arreglado con el buen gusto de los juguetes alemanes. A lo largo del agua hay una serie de desembarcaderos de tablas que conducen á habitaciones ó almacenes, hallándose todo mezclado con árboles y alfombras de sedosa yerba, de modo que la vida campestre y la marítima se armonizan de una manera la mas encantadora.

Fuimos á recorrer la ciudad, que parece de lejos mucho mayor que es realmente. No es tanto una ciudad real sino una ciudad aparente. Las calles se han trazado por un plano que no pasa de modesto. Diríase que sus fundadores se habian propuesto no poner obstáculos á su desarrollo por si acaso aspiraba á rivalizar con Boston ó Nueva-York, y nada anuncia que deba llegar á tanto. Encontré pocas construcciones recientes y cierto número de casas vacías. La yerba crece por todas partes con una exuberancia que demuestra que no hay muchos pies que la pisen. Ciertos barrios, ó por mejor decir, la mayor parte de los barrios, no son mas que espacios cerrados por una empalizada que aguardan compradores y la consecutiva mano de obra. Se asegura que la poblacion, lejos de crecer, mengua, y que los jóvenes de ambos sexos, no bien llegan á la edad de libre eleccion, emigran voluntariamente á los Estados-Unidos.

Al día siguiente, en Sydney-Minas, pase de nuevo al *Gassendi*.

Sydney-Minas, bajo el punto de vista del paisaje, se parece bastante á Sydney-Villa, de la cual la separan algunas leguas, pero considerada como lugar habitado, parece destinada á un porvenir mas brillante. El precioso combustible que suministra su suelo con una prodigalidad suma, atrae un gran número de buques que cargan allí con destino á la Nueva Escocia y á Terranova. Muchos vendedores al por menor se han establecido en aquel punto tan frecuentado, y la explotación de las minas ha inducido á muchos trabajadores á hacer otro tanto con sus familias. Esta poblacion mínera, tan distinta de la ma-

ritima, no vive precisamente en Sydney-Minas, sino que ha llegado á constituir una especie de aldea en la proximidad de las escavaciones.

Yo no bajé á las galerías, y habiendo percibido á orillas del golfo, en una playa arenosa sembrada de algunos escualidos pinabets, ciertas construcciones de una forma estraña, corrí hácia ellas para examinarlas de cerca.

Eran cuatro ó cinco chozas de salvajes, wigwams como los de Uncas y de Chingachgook, entre los cuales me creí trasportado en cuerpo y alma. Los wigwams están religiosamente construidos segun los verdaderos principios de la arquitectura india: una docena de estacas, hechas de árboles verdes y formando círculo, sostenian una especie de concha de corteza de álamo; una abertura bastante grande para dejar paso á sus habitantes servia á la vez de puerta y de ventana, y un boquete circular colocado en el vértice permitia salir el humo del hogar; pero dudo que aquel humo no estuviera sin salir el tiempo suficiente para ocasionar bastante desagrado á las gentes un poco delicadas.

En la orilla, dos cayucos, igualmente hechos de corteza y de una ligereza sorprendente, me recordaban la vida de los naturales; pero lo que hacia un gran contraste y disipaba todas las ilusiones, eran los harapos europeos, y sobre todo las ocupaciones pacíficas de los hijos de la selva. Los hombres se ocupaban en cepillar tablas; algunas mujeres vaciaban peces y se preparaban á asarlos al fuego; dos niñas hacian cestas, y algunos chicos pedian limosna. Este espectáculo era el de la decadencia: la miseria precursora de la muerte.

Pero *el Gassendi* leva el ancla y nos conduce mas lejos.

V.

Las costas de la Nueva Escocia.—Luisburgo.—Halifax.—Truro.

A medida que pasábamos á lo largo de las costas del Cabo Breton, nos admirábamos cada vez mas de ver aquellas poderosas sierras, que á cada instante forman cabos y promontorios. El mar tan pronto se estrella en playas como en rocas escuetas. Muy pocas habitaciones se ven en la campiña, y sin embargo, en aquella tierra tan jóven y que tanta necesidad tendria de habitantes, existen ya ruinas, ciudades devastadas y todas las huellas de los furios militares. Hé aquí lo que nos dice la presencia del lugar vacío donde en otro tiempo existió Luisburgo. Allí no se ven mas que montones de tierra y espinos, pero ni una habitacion de alguna importancia ha quedado en pie.

Luisburgo ha sido la última posesion francesa territorialmente importante en los parajes de Norte-

América. Cuando los ingleses pasaron á ser los amos de aquellas regiones, queriendo llevar su capital á otra parte, volaron las fortificaciones de la ciudad, destruyeron los almacenes, desviaron el comercio, y confiaron al tiempo el trabajo de despertar á los habitantes, á quienes ya habian dejado sin recursos. En pocos años su plan quedó sobradamente conseguido, y la ciudad de Halifax heredó la perspectiva de éxito que la habria disputado su rival.

La entrada de aquella capital de la Nueva Escocia es, por otra parte, mas bella, mas grande y mas fácil de defender que la de Luisburgo. Se penetra en ella por dos pasos que forma una isla de poca estension que oculta el interior del fondeadero. Una vez franqueada la entrada, se presenta á la vista una especie de herradura oblonga que penetra profundamente en el interior de las tierras; la ciudad se levanta sobre la orilla izquierda en anfiteatro. Mas al fondo de la



Indígenas del cabo Breton, antigua tribu de los Micmacs.—De fotografía.

herradura, se encuentra otro puerto que podria dar abrigo á una escuadra, y que va á concluir en unos bosques pantanosos.

Halifax presenta un espectáculo muy agradable. Las casas, que son muchas, grandes y de varios pisos, tienen un aspecto alegre y risueño. Varias iglesias, entre las que hay algunas de piedra, mezclan sus torres y campanarios con los tejados de las habitaciones, y entre aquellas santas moradas, la iglesia católica y los conventos, situados en la parte alta de la ciudad, no carecen ni de carácter ni de cierta magestad. En todos aquellos edificios religiosos, el estilo empleado es el del siglo XIV, por el cual los ingleses muestran una particular predileccion.

Como las calles principales corren todas paralelamente al puerto, parece que una línea de edificios baña sus pies en el agua. En su mayor parte son almacenes pertenecientes á grandes casas de comercio, y entrecortados de desembarcaderos ó *wharfs* poderosamente apoyados en pilones de piedra enormes. Delante de aquellas plataformas, cuyo acceso no es fácil ni cómodo para los pies que no son de marinero, se agolpan buques de todas clases, goletas, chalupas, bergantines, fragatas, etc. Los días de fiesta, aquella marina mercante se empavesa con sus colores nacionales y el viento agita sobre las aguas de la bahía la mas rica confusion. Francia, América, España, Ciudades anseáticas, Prusia, enlazan sus pabellones con los colores blanco y azul de la Nueva Escocia, y

aquel concurso de insignias tan diverso, atestiguan honrosamente la actividad industrial que reina en el país.

En frente de la ciudad, al otro lado del fondeadero, se extienden hermosas aldeas que forman una especie de arrabales á la metrópoli de la isla; todo el día, dos pequeñas embarcaciones de vapor circulan de una orilla á otra, trasportando viajeros, mercancías y carruajes. En fin, encima de aquellas aldeas, en una eminencia frondosa y en medio de un parque inglés dibujado con un cuidado y un buen gusto particular, se eleva un vasto edificio construido de un modo tan elegante, que desde luego se le toma por la residencia de algun poderoso ó rico personaje, lo que es un error capital, pues la colonia ha construido allí con gran gasto una casa de locos.

De Halifax nos trasladamos en camino de hierro á Truro. Aquel pueblo se compone de una serie de bonitas casas de madera, la mayor parte de un piso, muy bien pintadas, de un aspecto bastante agradable, precedidas de unas empalizadas blancas ó grises, perfectamente alineadas, que se levantan en las márgenes del camino. Pero en aquellas empalizadas brota una vegetación muy pobre, y se contemplan con mas esperanza que placer algunos débiles tallos de acacias que serán árboles un día, dado caso que Dios les conserve la vida.

La escuela normal, coronada del pabellon de la colonia, se distinguía en medio de las habitaciones por una construcción particularmente esmerada y un plan mucho mas estenso.

VI.

La bahía de San Jorge (Terranova). —Codroy y la isla Roja. —Preparación del bacalao. —Un establecimiento. —Los operarios. —Aparatos y salazon.

Al amanecer de un hermoso día salimos del estrecho de Halifax y llegamos á alta mar, dirigiéndonos á la bahía de San Jorge, en la costa occidental de la isla de Terranova.

Para entrar en la bahía de San Jorge, se costea por algun tiempo una lengua de arena que avanza paralelamente á la tierra, se dobla la punta, y se penetra en un vasto fondeadero rodeado de playas bastante llanas. Al Este se distinguen cabañas de madera en gran número, y delante de ellas, que lindan todas con el mar, una línea de desembarcaderos cargados de toneles.

Desembarcamos para hacer conocimiento con la población, casi toda irlandesa, de la aldea de San Jorge, que se ocupa únicamente en la pesca. En la primavera los arenques, perseguidos en alta mar por peces mayores que ellos, van á refugiarse en masa en la

bahía, y los habitantes de San Jorge no tienen mas trabajo que cogerlos. Los preparan, los salan, y esta es su fortuna y su único medio de subsistencia.

No hay agricultura ni puede haberla. La arena lucha con los guijarros, los guijarros confinan con terrenos pantanosos. Con bastante trabajo se llegan á obtener patatas, pero en pequeña cantidad. Es el supremo esfuerzo del poder creador de aquel suelo.

Sin embargo, las cabañas tienen buen aspecto, están notablemente aseadas por fuera y por dentro, amuebladas con cierta elegancia, y provistas de buenos braseros, que permiten desafiar los rigores de los interminables inviernos. Hombres, mujeres y niños son vigorosos, bien formados, de buen humor, y están bien vestidos. Nada hay mas singular que ver pasar por aquella arena salvaje, señoras y señoritas con sombrero, llevando, cuando el tiempo lo permite, una sombrilla en la mano. Aquella elegancia contrasta con el aspecto de la comarca, y mas aun con el género de vida del bello sexo, porque aquellas señoras son nereidas. Ellas sacan las barcas á tierra, van á coger el pescado en la bahía con sus padres y sus maridos, y lo salan y embarrilan con sus propias manos. Todo esto no las impide tener maneras muy distinguidas, ser en su mayor parte muy agradables á la vista, y no parecerse bajo ningun concepto á sus émulas del continente.

De San Jorge salimos para Codroy, situado un poco al Sur.

Mientras que San Jorge es una aldea toda inglesa, donde jamás los pescadores franceses penetran, Codroy puede pasar en rigor por una fundación mista; pero ¡qué triste papel representa allí Francia! En un pequeño islote de algunos pasos de estension que parece enclavado en la costa, hay algunas cabañas dispersas, y allí entre cieno é inmundicia están establecidos unos cuantos franceses.

Mas allá del pequeño brazo de mar que aísla la triste residencia de estos, en la misma isla grande, entramos en la aldea de Codroy, habitada por dos ó trescientos pescadores. Allí hallamos la misma apariencia de limpieza y aseo en las habitaciones, el mismo aspecto de comodidad en hombres y mujeres, la misma solidez de juicio en todos los habitantes que en San Jorge, y por último, una triste oposición con el cuadro que presentaban delante nuestros franceses. Aquella población intrusa es mas rica que la de San Jorge. El suelo, menos estéril, posee hermosos prados, y por las laderas de las montañas andan errantes varias vacadas.

Desde allí nos pusimos en marcha hácia el Norte. Llegamos en pocas horas á la vista de la isla Roja, especie de cono elevado frente por frente de la Gran Tierra. Entre sus estrechas playas y las de esta última, muchas lanchas tripuladas cada una por dos hombres

se ocupan en la pesca del bacalao. Las vemos al resplandor de un rayo de sol que en aquel momento atravesaba las nubes y alegraba aquella escena de actividad que ofrecían las embarcaciones en que un pescador echaba una cuerda, mientras otro sacaba la que hacia ya algun tiempo dormía en el agua. El pescado cogido se amontonaba en el fondo de cada barra. En medio de aquella animación circulaban goletas, que izaron á nuestra vista el pabellon francés. Desembarcamos en la isla Roja.

Al pie del cono, una hilera de cabañas de ramas, que no contienen mas que catres y hamacas, sirve de dormitorio á los pescadores.

La arena, con gran repugnancia de la vista y del olfato, estaba llena de sangrientos despojos de abadejos; cabezas y entrañas cubrían aquella playa como cubren otras las algas y plantas marítimas arrojadas por las olas. A pocos pasos se levantaba la pared casi recta del cono, en cuyo vértice está el establecimiento propiamente dicho. Se ha construido con tablas una escalera pina, que á derecha é izquierda ofrece muescas de madera por cuyo medio suben y bajan, con el auxilio de un cabestante colocado en la cúspide del monte, todos los fardos que se entregan á la circulación.

Después de haber subido muchos peldaños, nos encontramos en medio de los almacenes, formados todos de tablas, en la habitación del gerente, en la del médico, en el centro en fin, de una explotación inteligente y hábil. El establecimiento de la isla Roja es uno de los que en la costa occidental dan constantemente los mejores productos y mas merecen estudiarse.

Las casas de comercio francesas que se dedican á la explotación de la costa occidental de Terranova, pertenecen principalmente á los puertos de Granville y de Saint-Brieuc. Las tripulaciones de sus buques se componen de dos elementos muy distintos. La minoría se recluta entre los marinos y los pescadores propiamente dichos, que son la aristocracia de á bordo. A ellos se agrega un número mayor de operarios á quienes se da el significativo nombre de *graviers*, *playeros*, y que en el mar no son mas que pasajeros. Se les amontona en número suficiente en cualquier rincón del buque, y ellos se contentan con cualquier cosa. Al llegar á la costa, se les desembarca; no navegan ya mas durante la campaña, y sus funciones se reducen á recibir el pescado que han cogido los pescadores, á abrirlo, á quitar las cabezas en el *chauffaut* y poner aparte los hígados para extraer el aceite, á estender la carne sobre capas de sal, y por último, á someter el bacalao á los diferentes procedimientos que se requieren para prepararlo en la playa.

Un *chauffaut*, expresión normanda que corresponde á la palabra *échafaud* (tablado), es una gran ca-

baña que se levanta sobre estacas, mitad fuera del agua, mitad dentro, hecha de tablas y palos, y de modo que permita la fácil circulación del aire. La cubren algunas velas de buque.

Una parte del tablado, la que se halla encima del agua particularmente, es un enrejado, y en ella hay colocados algunos bancos ó tajos en que se corta la cabeza al abadejo. No es posible formarse una idea del hedor que exhala. Allí reina constantemente una atmósfera cargada de vapores amoniacales. Despojos de pescado medio podridos ó en completa descomposición, acumulados en el agua, invaden el interior de la localidad, y como los operarios no son gente delicada, no se cuidan de librarla de aquellas fétidas inmundicias.

Allí están, cuchillo en mano, despedazando sus cáveres, cortando las carnes, arrancando los intestinos, rompiendo las vértebras y procurando mucho no cortarse, siendo este el único peligro real que corren. La menor lesión de su epidermis basta para dar entrada en la sangre al virus en que se hallan como abismados todo el día y emponzoñar sus venas. Los panadizos ó postemillas en los dedos son entre ellos frecuentes y acarrear consecuencias graves que vuelven algunas veces necesaria la amputación. Por lo demás, una vez acostumbrado al oficio, el *playero* vive sin que de sus funciones se resientan su salud ni siquiera su bienestar, en medio de un olor capaz de asfixiar á cualquier otro.

Puesto que me hallo en este género de descripción, voy á agotarla de una vez hablando de los *cageots* ó sumideros.

Un sumidero es un aparato de tablas que viene á tener 2 ó 3 metros de circunferencia y la forma de un cono vuelto al revés. El fondo es de bovedilla, y domina una ancha cuba hundida en tierra. Se sube al *cageot* por una subida en espiral. Allí es donde se vierten los hígados de los abadejos á fin de hacerles fermentar. El aceite fluye por la bovedilla dentro de la cuba, donde se le recoge luego para embarrilarlo. No se me pregunte si el aspecto del tablado es mas repugnante que la del sumidero. Dejo la solución de este punto á otros mas hábiles, y me daré por muy contento en poder alejar precipitadamente hasta mi pensamiento lo mismo del uno que del otro.

Hasta estos últimos años, el procedimiento de que se valían los franceses para salar el bacalao, era objeto de universales críticas.

Actualmente entre nuestros capitanes se encuentran sujetos activos y de talento que empiezan, no precisamente á imitar á los ingleses, sino á restablecer nuestras antiguas prácticas. En lugar de echar encima del abadejo sal á discreción, exigen de sus operarios que este preservativo se aplique en menor cantidad y con mas esmero, principalmente á lo largo